

ENCICLOPEDIA

MUSICAL

Año I. — Núm. 1.º REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: BASEA, 17, 1.º, BARCELONA. 6 de Febrero de 1884

SUMARIO:

TEXTO: Á la prensa.—Nuestros grabados.—Los amores de Bellini, por D. Antonio Peña y Goñi.—Breves consi-

deraciones acerca la Poesía, la Música y la Pintura, por D. José Antonio de Trias.—Adiós, poesía, por D. Manuel de Matay Maneja.—Velada musical, por D. Eduardo Bertrán Rubio.—Notas.

GRABADOS: La Lección de Música.—El niño Mozart presentado ante la corte de Viena en 1762.—La Música.

A LA PRENSA

Al aparecer por vez primera en el estadio de la prensa saludamos con efusión á nuestros colegas, les ofrecemos incondicionalmente nuestro débil apoyo, leal concurso y franca amistad, y les suplicamos correspondan cariñosamente á los sinceros propósitos de esta

REDACCIÓN.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

LA LECCIÓN DE MÚSICA.

En la bien combinada composición de las figuras, en la atención mostrada por la pequeña discípula que parece seguir con cuidado las instrucciones de su maestra, vese el acierto con que ha procedido el artista para dar color y vida á un asunto tan sencillo.

EL NIÑO MOZART

PRESENTADO ANTE LA CORTE DE VIENA EN 1762.

El inmortal autor de *Don Giovanni* demostró desde sus primeros años cuanto podía esperarse de su precoz talento, pues presentado en la cámara imperial, en la que se hallaban reunidos muchos señores de la nobleza y los artistas de más mérito que entonces encerraba la corte austriaca, recibió merecidos elogios después de haber tocado con serenidad, precisión y maestría una sonata compuesta por su padre, que era también excelente músico.

LA MÚSICA.

Esta estatua, debida al artista M. E. Deláplanche, de la que es una fiel copia nuestro grabado, obtuvo un señalado triunfo al ser expuesta, vaciada en yeso, en el Salón de París de 1877, por su actitud expresiva y ejecución delicada.

LOS AMORES DE BELLINI.

ERA un ser esbelto y elegante, con movimientos graciosos, casi femeninos y empaquetado siempre; cara regular y sonrosada; cabellos muy rubios, casi dorados y rizados ligeramente; frente noble y alta, muy alta; nariz recta; ojos pálidos y azules; boca bien proporcionada; barba re-

donda. Su fisonomía tenía algo de vago y sin carácter que ostentaba á veces una expresión agrisada de tristeza, tristeza sin profundidad cuya luz vacilaba sin poesía en los ojos y se estremecía sin pasión al rededor de los labios. Sus cabellos estaban rizados con un sentimentalismo tan romántico, sus ropas enlazaban con tal languidez aquel cuerpo esbelto y fino; llevaba su bastón con aire tan idílico, que me recordaba á esos pastores con cayado encintado y calzones de tafetán rosa que hemos visto coquetear en las pastorales. ¡Su andar era tan señorita, tan elegiaco, tan etéreo! Ha tenido mucho éxito con las mujeres, pero dudo que haya inspirado una gran pasión....

Tal es el retrato que del autor de *Norma*, *Sonámbula* y *Los Puritanos* hace Enrique Heine en las Noches florentinas de sus admirables *Reisebilder*. Aparte de la nota satírica,

compañera inseparable del gran vate alemán, el retrato debe ser una *vera esfigies*, á juzgar por los grabados que se conocen de aquel tiempo.

En lo que no está Heine tan acertado, es en dudar que Bellini llegara á inspirar una gran pasión. Curiosísimo é interesante me ha parecido siempre el esclarecimiento de este asunto, tanto más cuanto la voz pública, maledicente por naturaleza, atribuyó al eterno femenino una importante intervención en la prematura muerte del maestro.

Hoy puede, por fortuna, tratarse la cuestión sin apelar para nada á la fantasía; hoy puede hablarse sin rebozo de los amores de Bellini; se puede seguir paso á paso al inmortal catanés en sus devaneos con las hijas de Eva y hasta se puede hacer un estudio psicológico que resultaría, seguramente, entretenido y curioso.



LA LECCIÓN DE MÚSICA.

No es esto último lo que más me seduce.

Voy, pues, á limitar mi esfera de acción á lo que el título de este trabajo me impone y á relatar, por tanto, las relaciones amorosas que agitaron la corta pero luminosísima existencia del pobre Bellini. El mérito de este artículo, y lo estimo tal, porque no me pertenece, es que nada hay en él que no sea rigurosamente exacto. No soy yo quien cuenta los amores del maestro; es él mismo, en su correspondencia inédita publicada poco há por el ilustre octogenario, archivero del Colegio de música de Nápoles, por Francesco Florimo, el amigo del alma del autor de *Norma*, el confidente suyo más íntimo, el poseedor de todos sus secretos, aquel cuyo nombre invocaba Bellini moribundo en su lecho de muerte y que en los años de la ancianidad, ha querido rendir un último tributo de admiración y cariño al maestro italiano, publicando á su memoria una obra admirable: *Bellini—Memorie e lettere*, que es un verdadero monumento.

Arsenal abundante ha sido para mí, que del libro de Florimo he extraído los materiales que entran en la confección de este artículo. Téngalo en cuenta el lector que va á saborear cosas delicadas y en extremo interesantes y nuevas, para que sepa á quien se las debe. Yo no soy más que un rapsoda dispuesto á desempeñar mi papel con la discreción posible, previa la benevolencia de los lectores de la ENCICLOPEDIA MUSICAL.

Los primeros amores de Bellini destruyen la duda de Heine. Inspiró una pasión, una gran pasión á una joven desdichada, llamábase Magdalena Fumaroli y pertenecía á una honrada familia cuyas relaciones eran numerosas y buenas y no escasos los bienes de fortuna.

Magdalena era hija de un magistrado estimadísimo en el foro de Nápoles, recibió brillante educación y á los veinte años de edad podía con éxito el dibujo, la música y la poesía.

Cuando presentaron á Bellini en casa del magistrado, el futuro autor del *Pirata* era alumno del colegio de Nápoles. La familia Fumaroli le dispensó cordial acogida á la que correspondió Bellini captándose al poco tiempo todas las voluntades, merced á su dulce carácter, á su discreción y á su cortesía.

Ofreciose á dar lecciones de canto á Magdalena, se aceptó la proposición y.... pocos días después los jóvenes se trataron, se conocieron y se amaron. La niña era espiritual, graciosa y honrada. Bellini estaba, como dice Florimo, dotado de aquella alma ardiente, de aquel exquisito *sentire* que en sus composiciones se revelan.

En la tertulia de Fumaroli, los amores del *maestrino* y la discípula, dejaron pronto de ser un secreto para los asistentes. Tan sólo los padres de Magdalena ignoraban el hecho. Sucedió lo que voy relatando, á fines del año 1822.

La reserva, sin embargo, no pudo guardarse y el magistrado sorprendió, al fin, los amores de su hija con Bellini. Llamó á este y dijole que suspendiese sus lecciones y visitase la casa con menos frecuencia. Esto como primera amonestación. No tardó en venir la segunda que se tradujo en la prohibición absoluta é irrevocable de traspasar en lo sucesivo los umbrales de la casa Fumaroli.

El profundo dolor de los amantes puede imaginarse fácilmente. Lloraron, se desesperaron, se separaron jurándose eterno amor y se escribieron todos los días. Magdalena desahogaba su amorosa pasión, haciendo versos que mandaba á Bellini y este ponía en música. Así pasaron más de dos años durante los cuales el alumno del colegio de Nápoles estudiaba con gran ardor, bajo la dirección de Zingarelli.

Cuando llegó el Carnaval de 1825, una ópera titulada *Adelson e Salvini* escrita por Bellini y ejecutada en el pequeño teatro del Colegio, obtuvo un éxito inmenso. Los amantes

tenían sus esperanzas puestas en el resultado de aquella primera composición, creyendo que los esposos Fumaroli darian al fin el consentimiento anhelado.

Bellini, en vista del éxito de *Adelson e Salvini*, comisionó á un amigo suyo, al pintor Marsigli, para que pidiera en toda regla y con la solemnidad debida la mano de Magdalena. Fueron vanos todos sus esfuerzos; se estrellaaron ante la inexorable negativa de los Fumaroli.

Los amantes no se descorazonaron, sin embargo. Juraron ser el uno del otro y la negativa cruel de los padres de Magdalena, sirvió para acrecentar el amor de los jóvenes y de estímulo para sus futuros proyectos de unión.

Por mediación del duque de Noja, Barbaja, el célebre empresario, encargó á Bellini la composición de la ópera *Bianca e Gerardo* que se estrenó con gran éxito en Nápoles el 30 de Mayo de 1826.

—Espero que esta *Bianca* que he estudiado y escrito del mejor modo posible, me traerá la fortuna y me abrirá las puertas de un buen porvenir. ¡Ah! qué contenta estará la querida de mi corazón! Después del éxito, si Dios lo bendice, renovaré mis instancias para obtener su mano y espero que no la negarán á quien ha triunfado en el teatro de San Carlos. Veremos.

Así hablaba Bellini á Florimo, pocos días antes del estreno de *Bianca e Gerardo*, pero, á pesar del extraordinario éxito que la obra obtuvo, la segunda petición de Marsigli, nuevamente comisionado al efecto, obtuvo el mismo resultado que la primera.

—Recuerdo, dice Florimo, que Bellini esperaba conmigo el éxito del mensaje y puede imaginarse con qué ansia, pero apenas llegó Marsigli, leyó en seguida en la fisonomía del amigo, por más que este tratase de disimularlo, el éxito negativo, el resultado infausto de sus gestiones. Le vi palidecer cuando oyó la confirmación de sus temores; le vi temblar, pero la fortaleza del ánimo se sobrepuso muy pronto y me aseguró, estrechándome la mano, que insistiría y vencería.

Pocos días después, Barbaja le pedía una grande ópera para inaugurar la temporada de otoño de la Scala de Milán, y aceptada con júbilo la oferta, salía Bellini con Rubini para la capital de la Lombardía. Los amantes se vieron en secreto, cambiaron mil juramentos de eterno amor, mil promesas de fidelidad y se separaron más confiados que nunca, contando con volverse á ver muy pronto. ¡Desgraciados! Estaban separados para siempre.

Establecido Bellini en Milán, comenzó á componer la música del *Pirata*, sin dejar por esto de escribir con frecuencia á Magdalena. Pero la correspondencia pasó por las acostumbradas fases; el entusiasmo del principio se convirtió luego en cierta resignación y el *diminuyendo* continuó hasta señalar una frialdad cercana al cansancio. La pobre Magdalena sufría angustias indecibles.

Cuando el triunfo colosal del *Pirata* lanzó el nombre de Bellini por el mundo entero, no se sabe por quién, pero probablemente á instancias de Marsigli, instigado por la desolada Magdalena, se reanudaron las instancias cerca de los esposos Fumaroli que, esta vez, consintieron gustosos.

Marsigli, lleno de alegría escribió á Bellini comunicándole la fausta nueva. El maestro contestó con una negativa rotunda: «Fué, como pregunta Florimo, el varonil propósito de dedicarse á su arte, ó es que en aquel corazón la llama del amor se iba extinguendo? Lo uno y lo otro probablemente, pero más que nada, lo segundo. ¡El corazón humano es siempre el mismo!

Cuando Magdalena supo tal noticia, la desesperación de la pobre criatura no conoció límites. Su grandeza de alma, sin embargo, fué superior á aquella cruel tortura. Hizo del nombre de su amado, el culto de toda su existen-

cia y ocultando en el fondo del corazón el dolor que cruelmente la oprimía sin cesar, declaró que se hallaba satisfecha por haber cedido á Bellini á una rival que le proporcionaba gloria, honores y fortuna.

Bellini lo supo y escribió á Magdalena prometiéndole no casarse jamás y asegurando que en adelante no tendría más rivales que sus óperas. Luego veremos si cumplió ó no su promesa.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(Se concluirá.)

BREVES CONSIDERACIONES

SOBRE

LA POESÍA, LA MÚSICA Y LA PINTURA.

LA Poesía es la expresión armónica del sentimiento, por medio del lenguaje. La Música el arte de conmover por medio del sonido, y la Pintura el de representar los sentimientos íntimos del alma por medio del dibujo y del color. De modo que estas tres bellas artes van dirigidas á un mismo fin, á la realización de lo Bello, á la expresión del sentimiento. Y este sentimiento vese de un modo palpable en el lazo de semejanza que existe entre todas las obras de arte de un mismo siglo; pues cada una de ellas realiza bajo una forma distinta, el sentimiento que domina en aquella época. La escultura griega, por ejemplo, no es más que la poesía homérica en mármol. El Dante dibuja sus figuras con la misma rudeza, valentía y grandiosidad que Miguel-Angel, y el fresco del Juicio final es sólo un canto de la Divina Comedia.

Expresada la igualdad de fines de estas bellas artes, pasaremos á estudiar cada una de ellas en particular, aunque no sea más que superficialmente, para poner en relieve la alta estima en que debemos tener el cultivo de las mismas, ya que son ellas la verdadera expresión de la sociedad y ya que su historia es la historia de la civilización.

El poeta no habla, canta: esta expresión es del dominio de todas las lenguas. En efecto; el alma se canta á sí misma todo lo que es bello ó todo lo que bello le parece.

Coloquemos al hombre ante una gran escena de la Naturaleza ó delante de una grande catástrofe humana; en las grutas de la cascada del Fay, al pie del Montseny ó en las cimas del Montserrat; delante los restos de las murallas de Gerona, en lo alto de la torre de campanas de la antigua catedral de Lérida y sin darse cuenta de ello, sentirá una fuerte emoción, ora de alegría, ora de tristeza, ora de terror ó de admiración; experimentará el sentimiento de lo Bello reteniendo en la imaginación este foco que recibe, conserva y engrandece todas las imágenes y todos los sonidos, todo cuanto ha sentido, creando en su alma un estado moral que podremos llamar *estado poético*. Y si este hombre posee una imaginación más que común y pasiva, si en fin, él es artista, querrá no solamente gozar en sí mismo de aquel éxtasis sinó perpetuarle y elevar su causa á la vida del arte. Y de esta causa salen los efectos de los cuales el artista se vale para expresar todo lo que ha concentrado y reunido en su imaginación, combinándolo de un modo capaz de dar cuenta á los demás pronto, fuerte é inevitablemente de la percepción y sentimiento que le han conmovido.

Grande es la relación de afinidad que existe entre la Poesía, la Música y la Pintura. Efectivamente; la Poesía se une con la Música como medio de desenvolvimiento y con las demás artes, aunque con relaciones menos directas; pues ella reproduce las materias animadas é inanimadas, esculpe, graba, dibuja, colora y despliega ante la vista interna todas las riquezas de la Creación.

El hombre es un sér finito, como los demás seres que le rodean, y se pide á sí mismo lo infinito. Sufre, se indigna, lucha, mata, se siente morir. Ama y ruega; es amado y bendice; compadece y llora. Hé aquí los manantiales inagotables de toda la elevada poesía lírica, religiosa, nacional ó individual y la tragedia mitológica, histórica ó romántica. Pero llega un momento en que el hombre ve el límite hasta donde llega su inteligencia. Se extravía, se aleja del fin que se propone creyendo ir directamente; vacila en el momento que cree estar más seguro y cae: al verse caído, se mira; entonces tal vez su corazón sufre; pero puede tanto sobre sí mismo, que su inteligencia acaba por reírse. Hé aquí el origen de la

Comedia y toda poesía festiva que tenga cualidades gráficas.

Los elementos de la Música se encuentran en todo lo que nos rodea: en el canto de las aves, en el ruido de las fieras, en el murmullo de las aguas, en el ruido de los mares, en la brisa que se quiebra en el follaje y llega á nuestro oído en suaves cadencias; en el huracán que troncha cuanto halla á su paso y lleva en su terrible acento la voz de Aquel que juega con las tempestades y dirige el rayo.

La Música despierta en el fondo del alma un cierto número de sentimientos por medio de sonidos armónicamente combinados entre sí. El sonido es la expresión de lo más grande y melancólico; esto es lo que da un carácter esencialmente universal á la Música y de ahí la causa porque este arte no repugna á ninguna forma de civilización. El poder, alguna vez incomparable, de la Música se apoya en la esencia misma del sonido y en el privilegio exclusivo de manifestar lo que tiene de más íntimo el sér humano.

Los antiguos daban á la palabra *música* un sentido mucho más lato de lo que se le da hoy; bajo este nombre comprendían no sólo la danza, la música, la poesía, pero aún el arte oratorio; era para ellos la unidad de todas las proporciones, el conjunto de todas las ciencias, la armonía de todos los fenómenos; en una palabra, el *orden*.

Así como la escultura se ha desprendido de la arquitectura, la Música, para desarrollarse aisladamente, se ha ido separando poco á poco de la poesía, pudiendo así moverse en un medio más libre para competir con su hermana. Tal vez la Música es el arte que tiene su noble porvenir más asegurado, pues el mundo poético que expresa es indefinido y no sabría ofender á la razón y además el progreso científico lejos de perjudicar á su desenvolvimiento, parece que deba, bajo cierta razón esencial, favorecerla.

La Pintura, rica en Poesía y grandes recuerdos tan variados como la Naturaleza que toma por modelo, no tiene otros límites que los del Universo y los de la inteligencia humana. Con ayuda del dibujo y del color, crea el lugar, la luz; ella los modifica á su gusto, los combina libremente con la figura humana idealizada y con los monumentos del arte reproducidos por su pincel. Busca la caracterización de la vida de los hombres célebres, los acontecimientos famosos y la representación de los seres idealizados, fijándolos en nuestra mente por medio de la *Pintura de historia*. Encuentra en la verdad real del hombre, en el amor que éste tiene á los actos de la vida práctica, en su parte cómica, ridícula y grotesca, elementos inagotables para la *Pintura de género*. Se apodera de las distintas situaciones de la Naturaleza y nos da el *Paisaje*, y como desprendiéndose de este género, produce el pequeño mundo ideado por el hombre bajo el punto de vista arquitectónico reproduciendo los *Interiores*. Recoje, en fin, los detalles que forman el todo armónico de la vida, que sirven de utilidad y adorno, y los traslada sobre el lienzo trazando en él á su antojo, flores, frutas, caza, pesca; desde los más suntuosos muebles hasta los utensilios más vulgares y sencillos.

Mueren las leyes, se pierden las costumbres, se derrumban los imperios, sucumben las religiones; pero un verso de inspirado poeta, un ritmo de esclarecido músico, un contorno de celebrado pintor son imperecederos; pues no parece sino que en este mundo, sólo puedan ser eternos el Genio y la Belleza. Alentemos, pues, á los que con noble empeño nutren tan bellas aspiraciones. Todo cuanto tienda á fomentar el desarrollo de las Bellas Artes, debe ser acogido con entusiasmo; pues tiende á un fin altamente civilizador, moral y práctico. Los placeres que por sí mismos procuran la Poesía, la Música y la Pintura son satisfacciones sin mezcla de remordimientos; endulzan penas y sinsabores, y ayudan á que el tiempo resbale para nosotros con deleitosa rapidez. ¡Ah, si fuesen más conocidas, como disminuiría el número de ociosas víctimas del aburrimiento!

JOSÉ ANTONIO DE TRIAS.

ADIÓS.

Aquella arpa querida, la que tantas
Dulces endechas suspiró amorosas,
La que arrulló tus sueños, la que alitva,
Himnos de gloria y místicos cantares
De su seno lanzó; colgué en los pinos
De la ondulante selva y ya mi mano

Allá la deja adormecerse á solas.
En su tumba mejor: las perfumadas
Brisas del monte que el pinar agitan
Y le arrancan susurros plañideros,
La besarán también y hasta que caigan
De sus coronas de laurel las hojas
Conque, ufano, la orné; hasta que gasten
Las áureas cuerdas de su ebúrneo seno,
Suspirarán sonidos al besarla,
Más armónicos suaves que pudiera
Darles del vate el estro moribundo.

En vano me suplicas qué que triste
Del funeral ciprés la negra rama
Tejer entre sus cuerdas? Hubo un tiempo
En que á nuestros amores consagraba
Y cantó tu belleza y tu ventura:
Profanarla hoy no puede aquella mano
Dichosa un tiempo cuando triste ahora.

Esperanza me dices; la esperanza
Nace y germina como flor silvestre,
Espontánea doquiera donde queda
Un grano de ilusión para semilla.
Yo no tengo una sola: yo deseo
Como esas pobres hijas del otoño,
Languidas flores que la escarcha cubre,
Reclinando la frente fatigada
Volver al seno de la madre tierra.

Es muy triste el otoño: doquier miro
Hojas sin savia; sin perfume, flores;
Sol sin calor en blanquecinas brumas,
Y aquellas aves que en el nido amantes
La primavera vió; batiendo el ala
En los helados cierzos, desaparecen
Para buscar en apartadas vegas
La feliz estación de sus amores.

También voy á partir; mas no mis pasos
Me llevarán donde la dicha anide
Y atrás tornando con afán los ojos,
La calma buscaré de estos lugares.
Tal mi destino fué: cual alma en pena
Condenada á vagar sin rumbo fijo
Sola y esquiva en la medrosa noche,
Que buscarse por único consuelo
Un rastro de las huellas de su vida;
Así voy por el mundo, me amedrenta
Oscuro el porvenir; triste el presente,
Desvío con espanto la mirada,
Y en la nada sombría del pasado,
Beso tan sólo, sollozante, dichas.

Golondrina del mar en un escollo,
Tras replegar el ala fatigada
Que el cansancio rindió; deja que cobre
Nuevos alientos, que en redor ni mire
Las bravas olas que el peñón combaten
Para mostrarme la insegura senda:
Deja que cuente las tardías horas,
Monótonas, verdad, pero tranquilas,
Cabe la fuente de gentil murmullo,
Al ledo y blando susurrar del viento,
O, en la nocturna bóveda estrellada,
A cada luminar mis tristes ojos
Pregunten con afán cuál es el astro
Cuya inclemencia mis destinos rije.

Así adormezco el alma; yo presumo
Que ceden los espíritus rendidos:
A un extraño sopor, melancolía
Grata y triste á la par como del sueño
Los effluvis primeros; bullidoras
No alientan mis ideas; no palpitan
Cual otro tiempo, de dolientes seres
Los quejumbrosos ecos, ni las claras
Linfas pueblos de náyades, ni el monte
Al ténue resplandor anacarado
Del astro de la noche, en sus pinares
Me finje un silfo ni la esquiva driada
Huyendo de los sátiros; tampoco
En los fulgores cárdenos del rayo
Diviso los espectros destructores
De legión infernal, ni cual ahullan
Desesperadas, en veloz carrera,
Almas presitas sin descanso errantes
Del aquilón en alas imagino.

¿Qué anhelas, pues, que cante si ya el numen
De mi plectro voló y aquella ardiente
Fantasía mimada de las musas,
Desmayada cayendo, no destella
Un átomo de luz halagadora?
Veo del Bruch la senda engargantada
Y no zumba el cañón en mis oídos
Ni el grito de los héroes gigantes
Que del triunfo la palma arrebataron
Por vez primera al vencedor de Jena.
Del Monserrat los picos que columbro,
No me refieren las consejas vagas
De sus rotos castillos ni me inspiran
El místico cantar con que al asceta,
Eremítico monje yo salude
Ni con que cante de mí se inmarcible
Los misterios dulcísimos ó invoque
La Santa Madre de los Cielos Reina.
Sólo en mí alienta el germen de pesares,
Amor.... locura, vértigo latente,
Abrasadora llama que en el pecho,
Sin aliento se retuerce y lucha

Sin que ni un soplo bienhechor la mate
Ni una esperanza á revivirla arribe.
¡Esperanzas!... ¿Que espere cuando siento
Bullir en germen mis primeras cañas?

Cuanto quise y soñé itodo perdido!
Llagado el corazón, febril la mente,
Me afano en no pensar; compadecida,
Déjame al menos que su luz aduerma;
No sea por piedad, la blanca mano
De tu adorado sér, quien fiera y ruda,
Evoque mi ambición, mi sed de gloria
Y me empuje de nuevo el torbellino
Donde giran fantasmas deslumbrantes
En círculo veloz, que me escaparon
Siempre impalpables cuando asirlos quise.
Y a in-hoy me halagan con falaz sonrisa
Cuando anhelante de olvidarlos vivo,
Sirenas que, á la luz de blanca luna
Entre las ondas de una mar de plata,
Con cítaras de conchas nacarinas
Y sus cantos armónicos, me atraen
Para arrancarme de la orilla yerma
Dó destrozada yo encallé mi barca.

No tu adorada voz les haga coro
O cederé al encanto fascinante
Que ejerces en mi espíritu y un tiempo
Mi afán de lauros despertó potente.
Fui poeta para tí, por tí tan sólo
Soñé gloria y laurel, honra y aplauso;
Lejos de tí... ¿Qué importan?... Si algún día,
Asidos de la mano, me acompañas
¡Quimérica ilusión! ambos dichosos,
A descolgar el arpa, de estos pinos;
Yo pulsaré sus cuerdas; renaciendo
Al eco de tu voz, de sus cenizas
La llama que espiró, de mis cantares
Brotarán los dulcísimos acordes.

En tanto, no pretendas que profana
Ose mi mano á los ebúrneos senos
Dó anidaron los cantos armoniosos
De mis sueños de amor; deja que gima
De mi vena la voz agonizante:
Adiós, arpa de mirtos coronada
Y délfico laurel: la musa bella,
Fuente del numen, se alejó llorosa;
Yo quedé mudo, desgarrada el alma.
Y por no darte de ciprés y sauce
Corona funeral, llanto vertiendo;
¡Adiós, adiós y para siempre acaso!

MANUEL DE MATA Y MANEJA.

VELADA MUSICAL.

Á MI ESTIMADO AMIGO J.

RECUERDA V. la tertulia de la coronela Martínez?
Si que debe V. de recordarla, pues le presenté en ella, tiempo atrás, y allí trabó V. conocimiento con Juanito Majuelos, el que después casó con la bella Luisa, la hija de D.ª Calamanda González de Piedrahita, que fué una suegra excepcional, porque no dió en vida ningún disgusto á su yerno, y después de muerta no le dejó vivir á puras desazones de ultratumba. Vamos, imposible que se haya usted olvidado de aquella historia.

Pues bien: la tertulia de la apreciable susodicha coronela fué creciéndose, creciéndose hasta un punto y un *tono* tales, que se hubiera V. chupado los dedos de gusto, si volviera V. por allá.

Sucedía esto precisamente á poco de casado Juanito, cuando realizaba su viaje de novio hacia Extremadura, y cuando V. no sé por donde diablos andaba que yo no le veía en parte alguna.

Figúrese V. que aquellas modestas reuniones en las cuales se jugaba á juegos de prendas, se tocaba un poco el piano, se bailaba otro poco y se charlaba y se murmuraba un mucho, se trasformaron nada menos que en verdaderas *veladas musicales*. Y aún pudiera añadir literarias, pues, como estaba muy puesto en razón, no había de faltar y no faltó, el entre col y col de algunas poesías recitadas ó leídas (que de todo hubo) por sus respectivos autores; *vates* unos más ó menos famosos, y simples *aspirantes* ó aficionados otros.

En fin, que estaba aquello que daba gozo verlo y oírlo, por supuesto.

Yo no sé de quien partió la idea *matriz*, digámoslo así, de *hacer música* decididamente y de alternar los bemoles con los consonantes, por añadidura; pero creo que fué de la misma coronela, que no quiso quedarse atrás, en vista de que en la tertulia de la Intendente Ramírez se habían organizado, durante la cuaresma anterior, unos *conciertos sacros* (calificados de *sacrilegos* por algún chusco), y que estuvieron muy concurridos y lucidísimos.

Ello es que la de Martínez, secundada por algunos amigos de buena voluntad y de pasmosas facultades



EL NIÑO MOZART PRESENTADO EN LA CORTE DE VIENA EN 1762.

para *pulsar la lira*, para pulsar el piano, para tañer otros instrumentos y para emitir en carreras y gororitos cuantas melodías y armonías pudieran hacer al caso, se dió tan buena maña, que atrajo á sus salones una concurrencia numerosa y distinguida, que es lo que han de ser precisamente las concurrencias de tales fiestas domésticas, para que estas tengan el indispensable sello ó *cachet* de buen tono que el que las da desea darles.

Los jueves eran los días escogidos.

Y había que ir allá; y ya he dicho antes que tenía que ver y tenía que oír.

Yo estuve el jueves... no recuerdo con exactitud la fecha; pero sí que era uno de los jueves de noviembre.

Se trataba de una *velada musical* extraordinaria, hasta cierto punto, porque iban á hacer su *debut* dos artistas... nuevos en la reunión, se supone. Un artista y una artista: esto es: un artista macho, digo varón y un artista hembra.

Como ya sabe V. que yo era de los *íntimos*, se contaba conmigo para ayudar á la última mano de los preparativos. Yo no toco, no canto, no sé hacer buenos versos (ni siquiera malos), por consiguiente, ya puede V. adivinar cuál sería la especie de ayuda que podría prestar á la dueña de la casa.

Mal me está el decirlo; pero en esto de dirigir la colocación de las sillas, disponer las bujías, y aún encenderlas con la debida oportunidad (porque tampoco era cosa de despilfarrar el alumbrado), arreglar la mesa del *buffet* y otras maniobras menudas, pero de suma trascendencia para el mayor lucimiento de la función, no habrá quien se me ponga por delante, ni quien me pase la mano por la cara; y perdone V. la inmodestia.

Pepito Carretilla, que es también otro íntimo, y yo, hicimos prodigios.

La coronela no tenía bastante boca para alabarlos; y eso que su boca no peca de chiquita. Sin este defecto, mejor dicho, sin este *exceso*, la cara de la coronela no sería maleja. O hablando acá para *inter nos*, habría sido más que medianamente agraciada allá en sus verdes años; que lo que es los años de ahora son ya hartos maduros. Pero, estas cosas no las puedo decir en alta voz, porque malquistárame para siempre con doña Fermina, á quien tampoco me atrevería jamás á llamar así, ni Fermina á secas, sino *Ferminita*; diminutivo que por todo extremo la esponja y la complace, y que determina infaliblemente una amplia sonrisa de aquella boca que tan cuidadosa tiene que andarse en esto de sonreírse para no hacer patente su excesiva dimensión. Por fortuna aminoran este escollo la blancura y la igualdad de los dientes (que se conservan hermosos por naturaleza y con el auxilio de los polvos del Dr. Pierres), y la gracia del finísimo bozo que sombrea el labio superior. También se conservan bien los ojos, negros, rasgados y vivos, con sus abundantes pestañas y pobladas cejas, y el cabello no sé si ayudado de algún añadido ó de alguna tintura. Agregando á todo esto cierta frescura de la tez, en la cual acaso tenga algo que ver el agua de Barcelona, una estatura más que mediana, y el garboso brío de los movimientos, á pesar de hallarse el cuerpo bastante metido en carnes, habremos de convenir en que la coronela Martínez tiene derecho á que se la gradúe de haber sido una buena moza, y á que se le disculpe, en parte, su pretensión de seguir siéndolo. Lástima que se eche de menos en su exterior aquel *no sé qué* de finura y distinción que caracteriza á la dama de calidad; pero pedir tanto fuera pedir gollerías, porque la verdad es (y guárdeme V. el secreto), que semejantes dotes suelen ser de *origen* en las más de las mujeres que las ostentan, y en las menos adquiridas; y como Fermina antes de ser coronela fué capitana, y antes que capitana, teniente; que teniente era su marido cuando casó con ella; y antes de casarse con su marido costurera de blanco, allá en Pamplona donde residía con su pobre madre, una honrada mujer del pueblo, muy á la pata la llana, y en cuya casa estuvo alojado Martínez, de cuyas resultas se enamoró de la chica, y de cuyos amores resultó luego no sé el qué, según dicen, y por último el casorio, pues... *velay*.

Y á propósito: á Martínez ¿lo recuerda V.? Quizás no tuvo V. ocasión de verle, porque él no solía figurar mucho en las tertulias de marras. Era entonces, y sigue siéndolo, un excelente sugeto, honradote, francote y campechano, alto y panzudo, de fisonomía ruda, un tanto grosera, con unos bigotazos y un vozarrón que meten miedo á todo el regimiento, y sin embargo, una malva en el fondo, y un verdadero borrego en su casa: todo aquello no es más que fachada; parece que se va á tragar al

primer recluta que se ponga á su alcance, y su mujer con una mirada, con un "pero hombre", me lo apabulla y me lo deja chiquitito. Cuando se dispone alguna de las consabidas funciones caseras, no chista ni mista; y llegado el momento del bureo, si no está en el café ó en el casino, se está en un rincón del gabinete con dos ó tres amigos, armando un tresillo, fumando como una chimenea y recordando lances y episodios del tiempo de Espartero y O'Donnell. Ha hecho toda su carrera á fuerza de puños, á partir de sargento, sin pronunciarse una sola vez; y por eso no ha pasado de coronel; que después de sus años de servicio y de sus años de edad, habría de ser lo que menos brigadier ó mariscal de campo. Bastante que se lo echa en cara Fermina, que no puede llevar con resignación eso de verse coronela sin probabilidades de ascenso, mientras otras que fueron capitanas cuando ella ya estaba cansada de ser comandanta, andan por ahí luciendo y triunfando en Gobiernos militares y en Capitanías generales, y aún alguna ha llegado á *ministra* y todo.

Mas con esta mi impertinente charla estoy olvidándome de referirle á V. lo de la *velada musical*.

Perdone V. mi distracción y vamos al asunto.

Ya estaba todo en orden de parada.

Las luces encendidas; iluminación espléndida. Dos candelabros de á seis bujías color de rosa, parafina de primera, sobre la consola; otras dos bujías, de la misma calidad, verdes como lechugas, en las palmarías del pianino; lámparas de petróleo, flamantes, con sus globos y todo, en la mesita del gabinete, en otros veladores de la antesala y de la salita de confianza; candelabros con *espelmas* blancas, en la mesa del tresillo (imprescindible para Martínez y sus veteranos), farol en el recibimiento; mecheros de naftalina en el corredor... en fin... á *giorno*.

El asistente y el ordenanza y la criada junto á la puerta prestos á recibir los abrigos y los sombreros de los invitados; Pepito y yo, de tiros largos y dispuestos á constituir la *comisión de obsequios*; el coronel abrochándose los tres botones del pantalón que solía soltarse mientras terminaba la digestión estomacal, y encapillándose la levita negra, después de liarse el corbatín, prenda que también gozaba amplia soltura durante el supradicho período digestivo; Fermina, hecha un sol arrebolado, como un azacán de una parte á otra, arreglando aquí los pliegues de una cortina, enderezando allí una bujía torcida, acá sacudiendo una silla, acullá prendiendo en el sofá un *macasar* que se había aflojado; mirándose de paso en todos los espejos, y presa de la emoción y de la impaciencia febril que preceden á los momentos iniciales de las recepciones solemnes.

No hay que decir que, en medio de aquel agitado ir y venir, nos asediaba con mil preguntas y consultas de última hora.

—¡Ay, Tiburcio! ¿de veras le parece á V. que habrá bastante luz?

—Pues ya lo creo! Si está esto que parece alumbrado por gas.

—Eso, eso sí que iría bien, el gas. Pero, es mucho Madrid este, que no pongan gas en ninguna casa.

—Señora; ¡qué van á poner! Para las calles lo quisieran.

(Figúrese V.. gas en un cuarto tercero de la calle del Olivar).

—Lo que estoy temiendo es que no vamos á caber si vienen todos. Hágame V. el favor de abrocharme este guante; con el otro calzado, tengo lo más torpes los dedos...

—Con mil amores. ¡Caramba! pues sabe V. que... Por vida: ya saltó el botón.

—Ay, que fastidio: si creo que los pegan con saliva! ¡Juana!

—¡Señorita!

—Corriendo, una aguja enhebrada...

—¿Con qué?

—Vaya una pregunta: ¿con qué ha de ser? con seda blanca. ¡Vivo!!...

—¿Servirá esta?

—Pero, mujer; está V. en babia. Si esta es azul.

—Es que... señorita no la hay que se diga más...

—¿Ahora salimos con que no hay seda blanca? Si son Vdes. lo más...

—Tal vez con hilo...

Mal que bien el botón quedó pegado, no sin que Fermina pegase media docena de bufidos á la aturullada Juana que, con la prisa y el aturdimiento, pegó también algún pinchazo en la rolliza muñeca de su senora.

—Pues están ya al caer las diez y todavía no viene nadie. Martínez hombre, por Dios; que con tu mal-

dito vicio de escupir me pones perdida esa alfombra.

—Pero hija, si es que este cigarro...

—Pues, no fumes hombre. No ves que esto se llena de humo que apesta.

—Bueno, hija, bueno; ya me voy allá dentro.

Y el bueno del marido se mete en la cocina ó que sé yo donde, pegando sendas chupetadas á su coracero incombustible; y sembrando los suelos de unos salivazos como platos.

—Parece mentira; no viene nadie. Pepito, si fuera V. tan amable que quisiera prenderme el broche del collar.

—¿Pues qué mayor dicha para mí, Ferminita?

—Gracias.

—Ay qué hombros, y qué cuello, y que...

—Vamos, no sea V. loco, adulador. ¡Que me pellizca V.; hombre!

—Perdone V., pero es imposible que á uno no le tiemble el pulso cuando...

—¡Vuelta! Es V. lo más lisonjero, y lo más...

—Señorita, ya suben.

Fermina da dos ó tres *artísticas* manotadas á sus faldas, un rápido repaso al tocado así, de resbalón, al pasar por delante del espejo grande (casi de un metro) de la sala, y toma posición en el estrado, con aire semi-regio.

Efectivamente, empezaban á *subir* algunos convidados. Ya están ahí. A ver quién son.

¡Ah!... es la familia de Antuca.

—A los pies de V., doña Mónica. Adios, Rosarito, adios Jesusita; ¿Vdes. bien? Siempre tan lindas, y tan... etc., etc.

Pepito y yo, en competencia, nos apresuramos á quitar los abrigos á las señoras, después de los consabidos apretones de manos y demás fórmulas de estilo, mientras el ordenanza tomaba el pardesús y el sombrero de un pollo acompañante, y el asistente se disponía á hacer los mismos oficios con el gabán y el cubrecabezas de don Zenón. Pero, ¡oh fatalidad! El pollo gastaba *clac*, y al quitárselo lo plegó, apretándolo contra el pecho. El asistente, novato en aquellas maniobras y que, con deseos de acertar, observaba las del ordenanza, al recibir la chistera del papá, que era de las vulgares inflexibles, viendo que su dueño se la entregaba *sin plegarla*, y atento á la *plegadura* del *clac* del joven, cogió el mueble y le dió con brío tal pechugón que me lo puso... ¡vamos, ya puede V. figurárselo! hecho una tortilla. Acudió Pepito lo mejor y lo antes que pudo, si no á remediar el apabullo, que ya no tenía remedio, al menos á evitar que el bueno de don Zenón se percatase por completo de la malaventura de su colmena.

Quiso el buen genio tutelar de las tertulias de la coronela, que en poco más de una hora fuesen acudiendo la mayoría de los invitados; de suerte que estaba la casa de bote en bote, por la sencilla razón de que los invitados eran en doble ó triple número de los que se necesitaban para llenar dos ó tres casas como aquella.

Pero, al fin, nos fuimos ó se fueron acomodando todos; si bien la mayoría de los individuos del sexo feo tuvieron que permanecer en pié. Por suerte muchos de ellos ya estarían acostumbrados, pues eran militares, aunque los más vestidos de paisano; entre estos el Capellán y el *Físico* del Regimiento.

En cuanto al elemento civil *estaba dignamente representado*, según dijo á otro día algún revistero convidado, "por cuanto de más notable encierra Madrid en ciencias, artes y letras, etc., etc." También el mismo revistero, que debía ser muchacho de buenas tragaderas, consignó en letras de molde el descubrimiento magno de que todas las señoras y señoritas de la reunión eran bellísimas, amables, elegantes y que sé yo cuantas cosas más; y eso que había cada vieja y cada polla ética, y cada tarasca que metían miedo. No es esto decir que faltasen en absoluto las muchachas lindas, y las jamonas aceptables; pero en aquella, como en todas las reuniones á que yo he asistido, las mujeres hermosas y las bien vestidas estaban en minoría.

Abriose el concierto con una fantasía sobre motivos de la *Semirámide*, ejecutada con tal bravura por un pianista melenudo, que el pobre piano se quedó temblando, el tañedor medio deshecho y nosotros casi sordos. Afortunadamente ya hacía años que había muerto Rossini, é hizo bien. Tan ruidoso exordio requería no menos ruidosas muestras de aprobación; y por lo mismo los aplausos fueron estrepitosos.

—¿De dónde es eso? me preguntó una señora mayor que se acordaba de cuando su marido estuvo en el sitio de Morella.

—Eso está sacado de la sinfonía de una ópera que se titula *Semiramis*.

—¿Será muy antiguo, eh?

—Ya ve V., de los tiempos de Nínive y de Babilonia.

—¡Ah! vamos. Así no es extraño que yo no la haya conocido.

—¿Qué había de ser extraño, si no la conociera la madre que le parió!

Calmado el barullo de los aplausos, los plácemes, las felicitaciones al artista, y los comentarios de los *dilettanti*, Fermina emprendió una verdadera campaña de instancias y súplicas para vencer la modestia y la cortedad de la señorita de Robres que la había prometido dejarnos oír los encantos de su voz, y que entonces se resistía porque le daba vergüenza ponerse al piano delante de tanta gente; porque la pobrecilla no podía prever que la reunión fuese tan solemne; porque no estaba en voz; porque no había ensayado nada, y por una porción más de razones, á todas las cuales hacia frente la briosa Fermina con otras tantas que todos los del corro apoyábamos y reforzábamos con frases de adulación y de lisonja y con calurosos ruegos.

Por último logramos que la de Robres se diese á partido. Su mamá es quien le comunicó el impulso para que se levantase de la silla y se dejase arrastrar al piano, diciéndole:

—Ea, hija, no te hagas más de rogar; canta cualquier cosa, para que no piense Fermina que la desairas.

—Pero, mamita, si no sé qué cantar.

—Pues, canta aquello de la *Traviata* de cuando se muere; ó lo del *rodó* de la *Sornámbula*, ó...

—Eso, eso, exclamó la coronela. Lo de la *Traviata*: *Grandió morir si chovane...* (como suena).

Yo me adelanté con ánimo de ofrecer galantemente el brazo á la rogada artista; pero por más listo que anduve, ya ella se había colgado del brazo de un barbilindo que lamiraba con ojos de carnero á medio degollar; á cuyas patéticas miradas correspondía la *diva* con otras tiernamente tortolascas.

La señorita de Robres, que se llama Efigenia, es una rubia ahilada, pálida y pecosa, que pone los ojos en blanco cuando habla y frunce la boca cuando intenta sonreír, hasta darle una forma circular bastante rara. Con esto, é inclinar la cabeza hacia el hombro izquierdo, y con andar descaeciéndose, como si se fuera á deshacer en pedazos, piensa comunicar á su interesante persona un airecillo romántico y vaporoso del mejor gusto.

El caballerete que la acompañó hasta el piano, se dispuso á acompañarla también al piano. Por lo visto, era ya cosa convenida y ensayada, aunque yo ignoraba la filarmónica habilidad de aquel ciudadano. Unos cuantos arpegios, carreritas y demás escarceos de *fioriture* sobre el teclado fueron el toque de atención, por decirlo así, que reclamó el silencio del auditorio. Cesaron, pues, gradualmente los rumores de las entrecruzadas conversaciones, sonaron diez ó doce golpes de tos en distintos tonos y en diferentes puntos del público, el ruido de alguno que se sonaba con más ó menos miramiento, los crujidos de unas cuantas sillas y el roce de otras tantas faldas, indicios todos y señales ciertas de que la gente se preparaba á colocarse en actitud y posición, con la boca entreabierta, la mirada fija, el oído pronto y el ánimo dispuesto para percibir, saborear y absorber el inminente chaparrón de fusas y semifusas que iban á desbordarse de la garganta de la espiritual Efigenia.

Y en efecto, tras el preludio consabido, la de Robres rompió... no con aquello de la *Traviata*, según esperábamos, sino con lo otro del *Rigoletto*

*«Tutte le feste al tempio
mentre pregaba Iddio,*

por cierto medio tono más alta que el piano, el cual la acompañaba *respetuosamente*; quiero decir, á cierta distancia; dándole la ventaja de una pequeña parte del compás, sin duda para que luciera más el canto. Ello es que la mayoría de los oyentes no se percataban de tales pequeñeces, ni era cosa de hilar tan delgado. La que sí *hilaba* las notas hasta dejarlas más delgadas que una hebra de telaraña, era la larínje de Efigenia, emitiendo una voz, no de *mezzo soprano*, sino de *pifano sfogatto* que nos taladraba los tímpanos; y mientras tanto parecía que los ojos se le iban á volver del revés, á puro de levantarlos hacia el cielo-raso; y el pié derecho marcaba el compás, ya que no con rítmica precisión, al menos con bastante ruido para que el aria hiciera el efecto de *claveteada*, ó cosa así.

Por más que se haga, es imposible que en una reunión numerosa, sea el silencio tan duradero y

tan absoluto como los interesados desearan en el decurso de una pieza musical. Siempre se cuchichea algo, y la suma de todos aquellos *sotto voce* llega á producir cierto zumbido manso que, acaso no es del todo inútil para el éxito definitivo de la ejecución.

Yo me estaba junto á la puerta del corredor, y éste hallábase atestado de gran parte de los individuos del sexo feo que no habían podido lograr acceso á la sala y que, como más distantes del centro de la función, se permitían alguna mayor soltura de lengua.

Mi situación intermedia me facilitaba coger al vuelo frases y bocadillos de los de dentro y de los de fuera, y simultanear mis observaciones en uno y otro campo.

—Cuidao, decíale á la que estaba junto á ella una señora americana que en toda la noche no cesó de mascar pastillas de vainilla y yemecitas de coco; cuidao, Lulú, que la chica esa es fastidiosa de verdad, sabe? Mire, mire qué boca tan fruncidita pone para no enseñar los dientes; y aún así le salen, mire, vaya si le salen.

—Hija, y cómo chilla, la pobre. Qué desfavorecida es, la infeliz. Para cantar tan mal, no valía la pena de ponerse al piano. ¿La conoce V., Tulita?

—Sí, y no, sabe? La he visto dos ó tres veces en los viernes de la de Melgar, sabe? Y allí, como en todas partes donde hay piano, nos fastidió con sus romancitas.

—Y el monigote que la acompaña?

—Pues, ese es un guanajito que la hace el oso, sabe?

—Chico, cuando te digo que hoy no me mira por disimular...

—O porque no te hace caso, y porque está muy metidita en harina con aquel buen mozo que tiene al lado y que no deja de tirotearla.

—Cá, hombre, cá; todo es por disimular.

Los que esto hablaban eran dos sietemesinos que se empinaban por detrás de mis hombros para ver con mucha dificultad el grupo á que aludían, formado por una salada morena, que escuchaba, al parecer muy complacida, los galanteos de su vecino, mozo muy bien plantado y con toda la pinta de Tenorio de salón.

En esto, la Juana, la criada, no pudiendo dominar su natural curiosidad, habíase ido metiendo por el corredor y procuraba brujulear, aunque desde lejos y á hurtadillas, el espectáculo.

Juana es muchacha fresca y bien parecida, algo cosquillosa y retozona, y allí, entre las últimas filas de la apiñada multitud masculina, no se hallaba sino muy á su gusto, ni menos se cortaba para contestar á los piropos y chafalditas de los que saben sacar partido de cualquier cosa y divertirse de resbalón; que nunca faltan en ninguna parte y que, por lo mismo, no escaseaban tampoco en casa de la coronela.

Andaba por allí un teniente de húsares que era el mismísimo demonio... en el buen sentido de la expresión, y la emprendió con Juana.

Yo no sé en qué términos la asediaba, porque la distancia no me permitía oírles bien, y además hablaban muy bajito; pero ella no hacía más que rebullirse y comprimir la risa apretándose la boca con la mano.

Y llegó un momento en que, sin poderlo evitar, alzó un poco más la voz, y oí, u oímos distintamente:

—¡Caramba! estese V. quieto, señorito.

Precisamente en aquel punto, la *Gilda* del piano, ó sea la Efigenia Robres, llegaba á los versos y notas culminantes, donde apretó toda la fuerza de su expresión y toda la fuerza de su garganta agudísima para exclamar:

*E á forza qui mi addussero
Nell' ansia più crudel,*

desfigurando, por supuesto, lastimosamente el pasaje.

Y en aquel mismo punto también, un señor grueso, que se hallaba en prensa en el quicio de la puerta, sudando la gota gorda entre mi humanidad, los dos sietemesinos, el capellán del Regimiento, la Juana, que se había ido deslizando insensiblemente hasta la segunda fila, el teniente de húsares detrás de Juana, y la valla insuperable de las sillas por delante, descerrajó en la embocadura del salón y sobre las americanas y demás compañeras del corro aquel, el estornudo más estrepitoso y rimbombante que yo recuerdo haber oído en todos los días de mi vida, á tiempo que Juana lanzó un agudo chillido, tan involuntario é inevitable como el monumental desahogo del señor gordo, y se escabulló con no vista rapidez hacia la cocina.

Tan oportunos fueron chillido y estornudo, que sirvieron de *fermata* á la pieza del concierto.

Naturalmente, todas las miradas se volvieron hacia el punto donde sonara el doble estallido de aquellas dos notas, grave y aguda, por tan peregrina manera *instrumentadas* y concordadas ó *discordadas* con las notas finales del piano y de la voz.

Y á la voz, al piano, al estornudo y al chillido, sirvieron de coronamiento el eco múltiple de una carcajada en la cual tomamos parte todos, sinó es Fermina y los artistas debutantes. La mirada de la coronela se destacó sobre todas las otras miradas; fué una mirada verdaderamente olímpica, y sus ojos, al lanzarla, parecía que quisieran pronunciar un tremendo «*Quos ego...*» terrífico y amenazador.

Felizmente la reacción fué rápida y salvadora; y los nutridos y obligados aplausos, con los cumplimientos y lisonjas de rigor, atenuaron la anterior impresión y distrajerón del malhadado episodio.

A las instancias de los más entusiastas ó de los más galantes cedió Efigenia graciosamente; pero está vez sin que fuera menester rogarla mucho; y nos obsequió á renglón seguido con el *rodó* de la *Sonámbula*... ¡gran Dios!... ¡qué *rodó*! y con el aria de la *Traviata*; y con una romanza francesa; y con el recitado aquel, que no hay bicho viviente que no sepa de memoria:

«Suspiros hay, mujer, etc.»

Y efectivamente; hubo suspiros, bostezos y murmullos mal disimulados; porque todos protestábamos, en nuestro foro interno, de semejante monopolio filarmónico.

Por fin, por fin calló la interesante Efigenia, y aunque se la aplaudió, por bien parecer, nos guardamos como de quemarnos, de pedirle que cantase nada más.

Apresurose á ocupar el puesto un tenor enteco, con voz de flautín tocado con la nariz, y nos regaló la *romanza de la escopeta*, del tenor de la *Traviata*, empezando por el interminable recitado, y salpicado todo de los correspondientes gallos.

Otra y otra romancita hubimos de aguantar, amén de un duo y dos ó tres poesías, solamente por sus respectivos autores escuchadas.

¡Era demasiada música!

Todo el mundo acogió con entusiasmo la indicación de pasar al *buffet*.

Pero... muchos fueron los llamados, y pocos los elegidos. Los que llenaban, rebosando, la sala, el gabinete, el saloncito de confianza, los pasillos y hasta el recibimiento, era matemáticamente imposible que se embutiesen en el comedor y en la chiquita pieza contigua, únicos y últimos departamentos disponibles para aquella interesante instalación.

Este cálculo geométrico supongo yo que lo habrían hecho de memoria muchos de los concurrentes; y aunque hubiera sido lo más cortés dar la preferencia á las señoras, no obstante, como allí se afectaban las maneras del buen tono, y ahora parece que va siendo de buen tono cuidarse muy poco de las damas cuando se trata de engullir, resultó que llegaron los que pudieron y aún esos... ¡horror!... llegaron tarde, pues antes que ellos habían llegado otros que tuvieron la feliz idea y el atrevimiento de adelantarse á los demás y adelantar la hora. Aquello daba lástima: habíamlo dejado en esqueleto. Verdad es que tampoco había grandes provisiones.

Fermina estaba sofocada.

Los íntimos, los de la comisión de obsequios echábamos chispas.

Alguno hubo que echó por la boca sapos y culebras; y no faltó quien echó ternos y tacos que oían á cuartel.

Todo se habría remediado si hubiese habido con que tapar tanta boca.

Empezó la gente, ó parte de ella, sobretudo el elemento joven femenino, á consolarse con la esperanza de dar *cuatro vueltas de vals*; porque, como decía muy bien Fermina, las pollas y los muchachos no se quedan contentos si no bailan un poquito al final de la función, por más que la función sea una *velada musical*.

Yo andaba en aquellos momentos críticos de una parte á otra, desviviéndome por contribuir á disimular el descalabro *bufetesco*, cuando al pasar frente al cuarto donde se habían amontonado los abrigos, parecíame oír en él, que estaba medianamente oscuro, cierto rumor de conversación misteriosa. Soy de mi natural algo curioso y, no lo pude remediar: apliqué el oído, y sorprendí las siguientes frases:

—Te digo que basta. Lo he ensayado otras veces con el mejor éxito: las ampollitas de sulfídrico son infalibles.



—Pues adelante; con tal de que esto truene...

—Por tronado. Tú verás, tú verás qué guasa.

Y salieron del cuarto dos jóvenes á uno de los cuales conocía yo, pues le conocía todo Madrid por uno de esos tipos especiales de bromistas del peor género. Mozo listo, sin oficio ni beneficio; penden-ciero y maldiciente; lengua viperina de todos temida; archivo viviente de crónicas é historias escan-dalosas, auténticas ó inventadas; iniciador de truenos ó *bronquis*, y autor de frases picantes, de dicharachos cinicos, y de epigramas que levantan roncha; y por estas y otras parecidas y calamitosas cualida-des, jefe nato de una pandilla de niños desvergonzados que le hacen de cor-tesanos acaso porque le tienen miedo, y que suelen caer en cualquier reunión como plaga filoxérica de los salones.

Lo que había oído me puso en cui-dado, con todo y ser muy poco para que yo acertase á adivinar las inten-ciones de aquellos bichos; pero desde luego supuse que no podrían ser buenas. Por otra parte, mi completa igno-rancia de la química, me dejaba á os-curas acerca de aquello de las *ampolletas* de *sulfídrico*, que no podía barruntar para qué diablos habían de servir.

Avisar á Fermina ó al coronel pare-ciome casi una tontería. ¿De qué había de avisarles no sabiendo yo mismo si efectivamente se tramaba algo que me-reciera la pena de estar prevenidos?

Opté, pues, por seguir á los sospe-chosos que hacia el salón se dirigieron; mas por desgracia se atravesó á mi paso el señor gordo del estornudo, y no tuve más remedio que escucharle una relación tan larga como imperti-nente, y tan impertinente cuanto adorna-da de excusas, todo ello tocante al pasado percamce.

Cuando logré desprenderme de mi molesto interlocutor, ya no pude vol-verme á poner sobre la pista de los de las *ampolletas*.

El salón volvió poco á poco á lle-narse; Fermina suplicó al que había iniciado la *soirée* con la fantasía rossiniana, que tocase algo bailable; y el ar-tista prestose gustosísimo, acomodose en el taburete y preludió con agilidad casi gimnástica.

Gran movimiento: se retiran las si-llas cuanto lo exiguo del local lo per-mite; se forman unas cuantas parejas, que casi no podrán hacer otra cosa que bailar, como peonzas, sobre su eje, y *estallan* los acordes de un *wals* brillante.

Fermina, que está en pié al lado del pianista diciéndole no sé el qué, vuelve de pronto la cabeza y agita las alas de las narices con aquella especie de mo-vimiento menudo y repetido que sole-mos ejecutar cuando nos impresiona algún olor desagradable; llévase luego el pañuelo á la cara, y mira al artista con manifiesto recelo. A su vez el ar-tista debe de haber percibido también algo que le molesta porque olfatea y hace muecas feas, y mira á Fermina con expresión marcada de extrañeza.

Oigo á mis piés un crujidito; temo haber pisado involuntariamente algún dije que acaso se le haya caído á la señora que está á mi lado; me inclino para averiguarlo... puff... me da en la cara un tufillo... vamos, un tufillo harto conocido, y no de rosas. ¿Será posible que una señora tan fina, al pa-recer?... Pero el caso es que la señora sospecha lo mismo de mí; que harto se le conoce en el modo de mirarme y los significativos visajes de su fisonomía.

Una de las señoritas danzantes le dice á su pareja:
—Caballero, hágame V. el favor de acompañarme á mi asiento.

—¿Se siente V. indispueta?

—Si señor... ó por lo menos sumamente molesta.

—Lo había sospechado.

—Extraño mucho que se haya V. permitido sos-pechar...

—Señorita, pido á V. mil perdones, pero...

Este incidente se repite en muchos otros puntos del salón.

Ya nadie baila; todos se agitan, murmuran y hasta se formulan quejas á media voz.

En el pasillo disputan dos caballeros, un pollo y un señor mayor, sostienen un altercado bastante vivo, y, á lo que se deja entender, motivado por causa parecida á la que ha desordenado las parejas del baile.

nen aquí con el cuerpo repleto de vapores de figón ó de taberna.

—Pero, Clara, advierte...

—Pues me parece que con lo que he advertido, ó con lo que todos hemos advertido, sobra para no poner nunca más los piés en tus salones.

En fin, aquello terminó de la peor manera posi-ble. El disgusto general dejó á la pobre Fermina desolada, presa de una crisis nerviosa formidable; y su marido, Pepito, yo, el ordenanza, el asistente y Juana nos vimos y nos deseamos para recobrarla del sofocón, harto motivado, digno remate y coro-namiento de aquella velada musical, que resultó definitivamente la última, por obra y gracia de las malditas am-polletas de sulfídrico.

E. BERTRÁN.

NOTAS.

Ampliando lo dicho en nuestro Prospecto de que admitiríamos todos aquellos trabajos literarios y musica-les que puedan por su valer figurar en las columnas de nuestra Revista, remunerán-dolos dignamente, debemos añadir que con las mismas condiciones admitiremos tra-bajos de autores extranjeros escritos en su respectivo idio-ma, pues á este efecto conta-mos con entendidos traduc-tores.

De desear es que escla-recidos escritores respondan á nuestro llamamiento para bien del arte en general, cuyo deseo hacemos exten-sivo á los artistas que, inspi-rándose en la índole de este periódico nos honren remi-tiéndonos dibujos origina-les.

Desde el número próximo empezaremos á publicar una serie de revistas teatrales y de salones, en las que rese-ñaremos todo cuanto llame la atención del mundo ar-tístico tanto de España como del extranjero.

Condiciones especiales y obstáculos ajenos á nuestra voluntad, nos han privado de dar el presente número el

día 31 del pasado Enero por ser el úl-timo día de cada mes el señalado para la publicación de nuestro periódico. Así, pues, el segundo número aparecerá el 29 del corriente.

Barcelona: Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.

Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.



LA MÚSICA.

Varios concurrentes van desfilando.

La verdad es que esto no puede aguantarse: la casa apesta, y ya nadie trata de disimular el des-agrado y la fatiga con que respiran aquella atmós-fera inficionada.

La coronela está que trina: todo son excusas é interpelaciones. Una amiga suya muy desenfadada y sin pelos en la lengua, le dice al marcharse:

—Sí, hija, si, nos vamos porque aquí no hay quien resista. Cuando se invita á personas decentes, se debe procurar que no se introduzcan entre la con-currencia gentes ordinarias y sin educación, que vie-